

De D. Luis de Góngora, en el Parnaso

A SUS BIOGRAFOS Y PANEGIRISTAS, EN LA VILLA Y CORTE DE MADRID

Desde los eliseos campos
donde el pegaso del alma,
por laberintos de nubes
tiende brioso sus alas
o calcitrando zafiros
estrellas pace de plata,
péñola y papel previene
la que fué mano adiestrada
en bordar perlas de rimas
sobre urdimbres castellanas
y este romance endereza
a quienes, con ciencia rara,
más valiosa, por humilde,
por escondida más alta,
de mi nombre y de mis obras
hacen mérito y loanza,
cuando el peso de tres siglos
sobre uno y otras derraman
de un proceloso Leteo
las negras y turbias aguas.

Ibame yo paseando
por estas etéreas salas
de las que el silencio augusto
notoriamente contrasta

con aquella tabahunda
 que en viva colmena humana
 trocó en mis años pretéritos
 de San Felipe las gradas,
 cuando, sin que estorben postas
 ni se lo impidan distancias,
 a mis caducos oídos
 nuevas me llegan tan gratas,
 que cuando más me enaltecen,
 en más confusión me pasman.

Agradecellas es ley,
 complacencia el aceptarlas,
 satisfacción merecellas,
 descortesía, pasallas
 sin que en mis yermos secanos
 brote un fontanar de gracias
 —parto de vivos cristales
 sobre lecho de esmeraldas—.

¡Válgate Dios, Gongorilla,
 y cómo los tiempos cambian!

¡Quién, otrora, te dijera,
 que las trompas de la Fama,
 al sucederse los siglos,
 con sus voces ensalzaran
 rimas que antaño sirvieron
 para hacer chacota y fábula,
 porque oro nuevo en troqueles,
 nuevos también, troquelaban..!

Con rayos que el mismo Apolo
 forjó en las pierias fraguas,
 prendí fuego a cien antorchas
 de rimas y de palabras
 que enriqueciendo mi lengua

lenguas son hoy que me ensalzan,
y de presuncioso alarde,
sin más ni más, motejaronlas.

Abrí nuevas atarjeas
por dó las ondas castalias
fiestas hicieran de espumas,
por nunca vistas, más claras,
¡y cuán pocos en su vena
sacieron líricas ansias!

Bruñidas doblas sonantes
vertió mi musa en las arcas
que en latinos troncos recios
talló la mano de España,
y por ochavos mohosos
de obscura seca ignorada
estimólos, a las veces,
con incomprensión gregaria,
no ya el azacán ignaro,
que ello poco me importara,
sino aquel de los ingenios
noble pájaro de Arabia,
que el brunitado atavío
de clerical hopalanda,
con noble nieve gloriosa
bordó de maltesas aspas...

¡Qué lejos están, qué lejos,
burlas, rencillas y chanzas;
los laudes de algunos pocos,
de algunos muchos la saña,
los codiciosos anhelos,
las febriles esperanzas,
la gloria que nunca llega
y el oro que se malgasta!

¡Qué lejos aquellas horas
de las salmantinas aulas,
en que ergotismos y versos,
músicas, naipes y espadas,
galanteos y pependencias,
cánones y serenatas
se hermanaron y fundieron
en pintoresca amalgama!
¡o aquellos años gloriosos
de labor fecunda y varia,
de mi Córdoba nutricia
en la quietud regalada,
a la vera de aquel río
que, entre olivares de plata,
con aljófares de espuma
cuanto salpica, recama.
¡Ay mis calles cordobesas,
por las que yo paseaba
mundanales desengaños
y memorias cortesanas!
¡Ay nido de mis ensueños,
vieja, cuanto noble casa
que el eco de mis canciones
aún entre tus muros guardas;
con tu fresco algibe moro,
con tu fuente, tosca y rasa,
que con cendal de arrayanes
su limpio cristal recata,
frescura al patio ofreciendo
donde, entre collares de ámbar,
fruto y sombra a un tiempo diome
la vid de implicantes ramas...!
¡Ay compañía gustosa

que a mis soledades daban,
los que a mis pechos criáronse
héroes de limpia prosapia:
el forzado de Dragut
que al ronco son se quejaba
del remo y de la cadena
en la marbellense playa;
o aquel español que al Rey
sirvió en Orán con dos lanzas
y con el alma y la vida
a una gallarda africana:
o aquella niña Isabel
a quien mi voz presagiara
que las flores del romero
serán dulce miel mañana;
Medoro en sangre teñido,
Angélica enamorada;
o, en fin, las mozas de Cuenca,
flor de las hembras serranas,
que en los pinares de Júcar,
hiriendo lisas pizarras,
alegres corros tejían
dándose las manos blancas,
unas, buscando piñones,
otras, persiguiendo danzas...!
Dulces memorias queridas,
más bellas por más lejanas
que con su grato rescoldo
aún mi corazón abrasan
y que vuestras doctas plumas
vuelven a sacar a plaza;
dorado vino divino
de ardiente solera rancia

al que hoy procuráis vosotros
en graves y bellas páginas,
candiota de oro en que pose,
con su fuego, su fragancia...
Siempre en Castilla se dijo
—y bien el refrán lo canta—
nunca es tarde si la dicha
es buena y al fin se alcanza;
¡y esta de agora bien vale
lo que encanecí esperándola!
Salud, preclaros amigos
que en duras vigiliás arduas,
al desentrañar mi vida
penetrásteis en la entraña
de mis versos que en *los hombros*
de Calisto se encaraman,
según dijo el «Manco Sano»
en elegantes estancias,
cuando hacia el pimpleo asilo
dió el tajamar de la barca
sobre la que el dios alípede
el vasto mar fatigaba—:
recibid los parabienes
que mi espíritu vos namda
desde la región serena
por donde al presente vaga.
A un andaluz hidalgüelo
de mi nombre y de mi casta
que entre legajos y rimas
por esos Madriles anda,
tan sobrado de amarguras
como alcanzado de blanca
—herencia que con mi nombre

yo le dejé por las trazas—
encomiendo la lectura
de las letras de esta carta.
Si los conceptos trastrueca
o si las rimas malpara,
que sus luces, de por vida,
le nieguen las nueve hermanas
que cuando canté en el mundo
tuve a mis pies por esclavas.

Y, sin más, firmo y rubrico
desde las etéreas salas
donde, al refrenar sus vuelos
el Pegaso de mi alma,
cuando calcitra zafiros
en prados de estrellas pasta.

MANUEL DE GÓNGORA.

